

Azul

Manuel Belgrano TORRE

# Patriotas

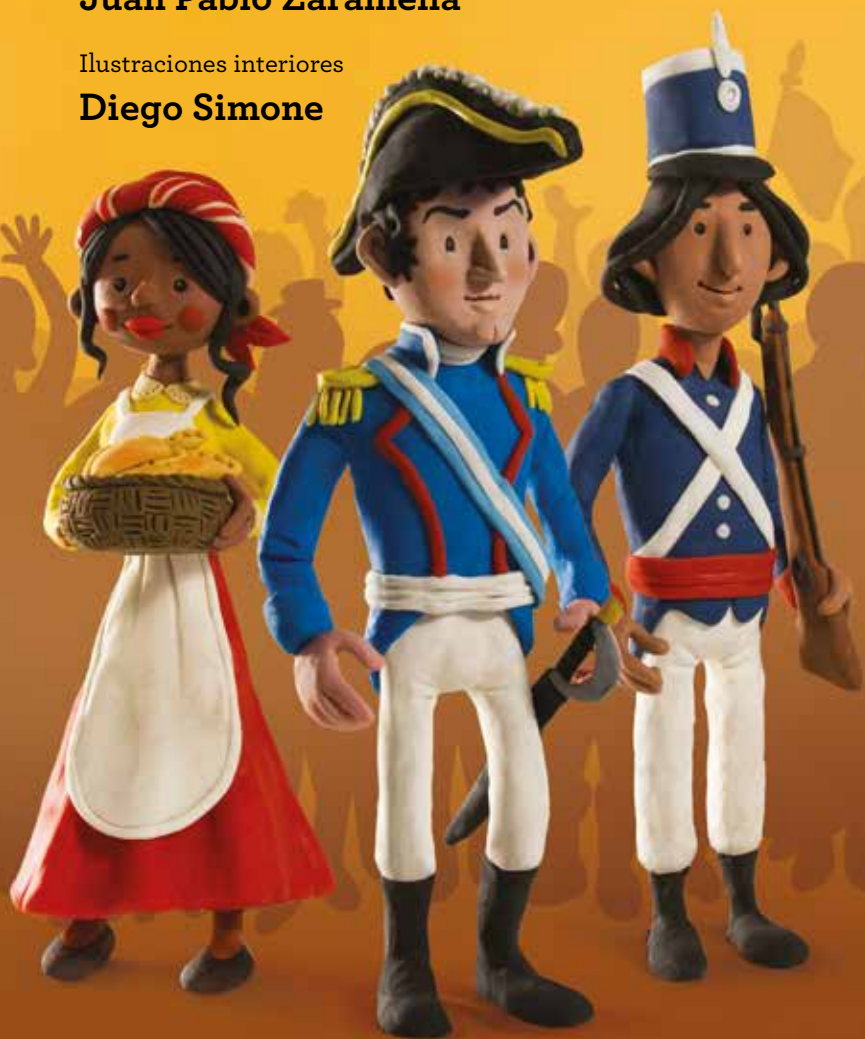
Mario Méndez  
y Ana María Shua

Ilustración de tapa

**Juan Pablo Zaramella**

Ilustraciones interiores

**Diego Simone**





## Patriotas

Méndez, Mario

Patriotas / Mario Méndez ; Ana María Shua ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Linzuain ; ilustrado por Diego Simone. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2020. 64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre azul)

ISBN 978-987-545-866-6

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Leibiker, Laura, dir. II. Linzuain, Laura, ed. III. Simone, Diego, ilus. IV. Título.  
CDD A863.9282

© Mario Méndez, Ana María Shua, 2020

© Editorial Norma, 2020

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: enero de 2020.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Edición: Laura Linzuain

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Gerente de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61091633

ISBN: 978-987-545-866-6



# Patriotas

Mario Méndez  
y Ana María Shua

Ilustraciones  
Juan Pablo Zaramella  
y Diego Simone

Norma

[www.normainfantilyjuvenil.com/ar](http://www.normainfantilyjuvenil.com/ar)



## Prólogo

¿Por qué seguimos recordando a Manuel Belgrano? Quizá porque, a doscientos años de su paso por este mundo, nos haya dado una forma distinta de mirar.

Belgrano era un hijo de su tiempo. Por su clase social privilegiada tuvo acceso a una buena educación, a las luces de su siglo: su destello particular, su impronta, fue ponerse al hombro una revolución para que esas luces estuvieran al alcance de todos.

Como ya sabemos, Belgrano creó la bandera, pero también defendió lo mejor que esos colores representan: la educación pública y gratuita, la integración de los pueblos originarios (a fin de que tuvieran acceso a los mismos derechos que el resto de la población), la instrucción de las mujeres más allá de las primeras letras, el reparto de tierras para que sus nuevos dueños las trabajen, el cuidado y la defensa de la agricultura, la industria y el comercio en el país.

Manuel fue un hombre de paz en tiempos de guerra. Sensible, amigo de sus amigos y hasta de sus enemigos, como Pío Tristán, que fue su compañero indiano en la Universidad de Salamanca, pero con quien luego se enfrentó en las batallas por la independencia de América: Pío defendía los intereses del rey de España; Manuel, los de los criollos, esclavizados y aborígenes que querían ser libres.

El padre de Belgrano había sido un esclavista, un realista acérrimo. Sin embargo, Manuel hizo todo lo posible por ser otro, por ser distinto.

Los cuentos que hoy los invitamos a leer recrean, en clave de ficción histórica, dos momentos que sucedieron en los tiempos de la revolución que Manuel ayudó a propagar en nuestra tierra y entre sus gentes: el Éxodo Jujeño y el Congreso de Tucumán.

En *Los patriotas decididos* Mario Méndez nos relata, con su especial sensibilidad para narrar acciones y aventuras, una historia de amor que hubiera sido imposible antes de los tiempos de la revolución.

En *¡Tenemos patria!* Ana María Shua —con una pluma hermosa, íntima—, combina un clima cálido, casi de entrecasa, con las reflexiones del nuevo mundo que Belgrano les acerca a los protagonistas, luego de la sesión secreta en la que participó y que terminó de consolidar la independencia del país.

Ambos cuentos resaltan una de las intenciones más nobles de la época: la lucha por la abolición de la esclavitud, la intención de compartir un país más allá de la etnia, la clase social o el género.

Recordamos a Manuel Belgrano porque aquella revolución que comenzó hace más de dos siglos todavía sigue adelante.

Laura Ávila

Los patriotas decididos  
*Una historia de amor revolucionario*

Mario Méndez





Don Vicente Brizuela era un hombre curtido en los trabajos del campo. Sabía todo lo que un puestero debía saber: arreaba las vacas del patrón por entre las quebradas y montañas de su Jujuy natal, sabía domar un potro, marcar el ganado, herrar un caballo, sembrar, cosechar... Y si hacía falta podía defender la hacienda de la amenaza de los cuatreros, que no faltaban, a punta de facón.

El viejo Brizuela era el puestero de la hacienda La Paloma, era viudo y era, también, el orgulloso padre de dos varones que se le parecían mucho: Juan y Esteban. A principios de 1804, cuando tuvo el accidente que le costó la vida tras la espantada de un caballo que lo tumbó contra

unas rocas, su hijo mayor, Juan, tenía diecisiete años. Y Esteban, quince. Después del breve velorio y del entierro bajo un árbol, el dueño de la hacienda, don Alcides Peñalba, los dejó a cargo del puesto: ese era el legado de su padre.

Tres años pasaron, sin novedad. Si les hubieran preguntado por su futuro, Juan y Esteban habrían respondido que vivirían en el puesto de la enorme hacienda durante mucho tiempo, quizá la vida entera.



Sin embargo, una noche de 1807, todo empezó a cambiar. En un campo vecino se celebraba un casamiento, al que los dos hermanos fueron invitados. Con sus ropas pobres bien limpias y remendadas, las botas lustrosas y la excitación de su primera fiesta, los Brizuela llegaron al convite, y para cuando se fueron, cerca del amanecer, ya nada era igual. Juan se había enamorado de una de las primas de la novia, y al poco tiempo empezó a cortejarla. Pasados unos seis meses le propuso casamiento y Paulina, que así se llamaba la chica, aceptó de inmediato. Juan habló con su hermano. ¿Qué debían hacer? ¿Él y Paulina debían buscarse trabajo y vivienda en otro sitio, o el menor debía dejar la casa paterna? Esteban no lo dudó. Era más joven y no tenía ningún compromiso, así que decidió partir. En la fiesta en la que Juan se había enamorado, Esteban había vislumbrado que había todo un mundo más allá de los límites de La Paloma, y quería conocerlo. Su hermano quedaría a cargo del puesto mientras él partía a la ciudad. Quería pasearse por las calles de San Salvador de Jujuy. Ya vería, en su momento, en qué trabajar: voluntad no le faltaba, como tampoco ganas de aprender.



Durante un tiempo, Esteban deambuló por Jujuy, Salta y Tucumán. Conchabado en distintas haciendas, hizo lo que sabía hacer desde niño: trabajos de campo.

A fines de 1809 se sumó a un arreo que bajaba a Buenos Aires. Apenas llegado se deslumbró con el movimiento de la gente en la Plaza Mayor y con las conversaciones que se cruzaban en las esquinas, aunque aún no lograra entenderlas del todo. Pero poco a poco fue comprendiendo que las cosas, en el Virreinato, estaban cambiando.

Cierta mañana caminaba distraído por una calle cercana a la plaza, cuando chocó con un hombre de levita, un español que, después lo supo, era funcionario del Cabildo. Esteban intentó una disculpa, pero el otro no se la permitió.

—¡Gaucho andrajoso! —le gritó. Al tropezar, el barro de la calle le había manchado las ropas inmaculadas, y eso lo había enfurecido.

Más sorprendido que intimidado, Esteban retrocedió. Entonces, envalentonado, el funcionario pretendió levantarle la mano. En ese



momento, otro hombre, de grandes patillas y una levita tan elegante como la del español, se interpuso entre ambos.

—El joven le pidió disculpas. Lo golpeó sin ninguna intención. Acéptelas y siga su camino. Ya no es tiempo de abusos, el que estamos viviendo —le dijo el hombre de las patillas, mirándolo a los ojos.

El español dudó. Por un momento, Esteban pensó que sacaría un arma o intentaría golpear al entrometido, pero evidentemente no se animó a hacerlo, porque masculló unas frases ininteligibles y siguió su rumbo.

Esteban volvió a sorprenderse: el hombre que había intercedido en su defensa se reía abiertamente.

—No haga caso, mi amigo —le dijo cuando se le pasó la tentación, extendiéndole la mano—. Manuel Belgrano, a sus órdenes. Los criollos ya nunca más tendremos que correrlos del camino.

Esteban, todavía confuso, estrechó la mano que le tendían. Era la primera vez que alguien así, un señor a todas luces importante, lo trataba como a un igual. Y no lo olvidaría nunca.

¡Tenemos patria!

Ana María Shua





Para las empanadas, no hay como la negra Eulogia, y ella lo sabe. Esta noche no es una noche cualquiera en la casa de los Guzmán Molina, y Eulogia también lo sabe. Por eso se esmera más que nunca y controla con ojo severo la conducta de las dos negritas, María y Jesusa, que trabajan bajo sus órdenes.

Las muchachas cuchichean y se ríen. Ya quisieran ellas tener su mano para preparar la masa. La receta es fácil y la cocinera no la oculta: se deshace en agua caliente, algo salada, un trocito de levadura, y con esta agua, echándola poco a poco en el hueco central del montón de harina y revolviendo se va formando una masa dura que se amasa hasta unirla toda. Entonces,



mientras se soba, se le va echando grasa de chanchito sacada del tocino frito. Y se la amasa más y más hasta que se vuelva suave y blanda. Después, se la cubre con un mantel doblado y se la deja una hora. Es fácil decirlo, pero ¿qué manos saben sobar la masa como las manos de Eulogia? Es fácil decirlo, pero no hacerlo.

Y claro que no es una noche cualquiera: es la noche del 9 de julio de 1816. Hoy ha sido un día de gloria para todos los que soñaban con la independencia de la patria. “Qué palabra rara, *patria*, es como si llenara la boca”, piensa doña Tomasa, la joven esposa del abogado Guzmán Molina. *Patria*: una palabra tan nueva, que hasta hace poco ni siquiera existía. Catorce años tenía Tomasa cuando llegaron las increíbles noticias desde Buenos Aires, ese junio de 1810. Ahora es una mujer grande, ya con seis años de casada y dos niños, un varón y una chiquita que lleva su nombre.

Los vecinos de Tucumán se han puesto de acuerdo en que el gran festejo para celebrar la independencia será el 25 de julio, pero esta noche, a pedido de su marido, ella prepara un convite en su casa, al que vendrán varios congresales. Entre ellos, Narciso Laprida, el representante de San Juan, a quien le ha tocado (¡qué

afortunado!) presidir la sesión histórica de hoy. Las deliberaciones han durado nueve horas y los hombres deberían estar agotados, pero ¿quién puede dormir en una noche así? Doña Tomasa le ha ordenado a la negra Eulogia que prepare empanadas como para veinte personas. Y que por favor no se olvide de armar una fuente aparte con algunas que no lleven aceitunas; eso es algo muy pero muy importante, porque al señor Laprida no le gustan las aceitunas.

A pesar de que se siente una mujer con tanta experiencia ya, a doña Tomasa, con sus veinte años, no le resulta fácil manejar a la negra Eulogia. Pero en noches como esta, en que va a poder lucirse con sus empanadas, su loco, sus huevos quimbos y sus pastelitos de membrillo, está muy contenta de tenerla en su casa. En toda la ciudad de Tucumán, con sus doce manzanas y sus cuatro iglesias, nadie cocina como Eulogia.

Mientras tanto, en la cocina, Eulogia soba la masa como solo ella sabe hacerlo y las dos chicas tratan de imitarla. ¡Son tan jóvenes! Eulogia es casi una anciana, aunque gracias al trabajo constante en la cocina y en las tareas domésticas, todavía tiene fuerza en los brazos. Ella misma no está muy segura de cuántos años tiene, aunque ya de grande se preocupó por saber

cuándo la entregó en Buenos Aires el barco negrero en el que vino desde el Congo. Lo pudo averiguar porque fue justo el año de la gran inundación. Y nunca se olvidó. Eulogia no sabe leer ni escribir, pero no se olvida de nada: fue en 1771, ella era una niña y se llamaba Abiba. A veces pronuncia en secreto su nombre africano, su nombre prohibido. “Abiba”, se dice a sí misma, “soy Abiba”.

Tampoco olvida el nombre de su madre, que murió en el viaje terrible desde el Congo, en un barco portugués. En la bodega se amontonaban negros de muchos pueblos y naciones. Su madre se llamaba Ngorogoro y la mató una enfermedad de la que se contagiaron muchos y que hizo maldecir en todas las lenguas al capitán portugués, que veía perderse su mercadería antes de llegar al punto de venta.

Las negritas que trabajan con ella han nacido aquí, en estas provincias: no se imaginan la ventaja que es haberse criado ya ladinas, es decir, hablando el español. Ella era negra bozal cuando llegó al Río de la Plata, no hablaba más que su idioma africano. Después de que la vendieron aprendió el español a fuerza de golpes, en casa de sus amos, con ayuda de los otros esclavos.

Tuvo suerte. Los Serrano trataban bien a la servidumbre. Los esclavos tenían sus habitaciones en el patio de atrás, comían lo suficiente y rara vez se los castigaba con azotes. ¿Cuántos años tendría ella en ese entonces, así como cuentan sus años los blancos? ¿Ocho? ¿Diez? La cocinera de la casa, una negra yoruba gorda y alegre, la tomó a su cargo y le enseñó lo primero que tenía que saber: el idioma español, la religión cristiana y a cebar mate, que fue su primer trabajo en esa casa. Con el tiempo, la negra Carolina le tomó cariño y terminó por enseñarle también muchos secretos de cocina.

Eulogia cree en Dios, cree en Jesucristo y en la Virgen María, y se estremece al pensar que podría haber vivido toda su vida sin ser cristiana. “Eso fue lo único bueno de ser esclava”, piensa. Si se hubiera muerto sin convertirse en una católica creyente, podría haberse ido al infierno. Eulogia se imagina el infierno como la mismísima cocina en la que ella trabaja, con los diablos como cocineros. El infierno, piensa a veces, debe ser una eterna esclavitud.

\* \* \*



### **Mario Méndez**

Nació en Mar del Plata en 1965. Estudió realización cinematográfica, es maestro, editor y escritor. Ha escrito muchos libros de cuentos y novelas por los que obtuvo diversos premios. Entre sus obras se destacan *El tesoro subterráneo*, *Cabo Fantasma* y *Gigantes* (Destacado de Alija). En Norma también ha publicado *Los buscadores del Tuyú*, en Torre Amarilla, y en Zona Libre, el cuento “Feria de las naciones”, dentro del libro *Identidades encontradas*.



### **Ana María Shua**

Nació en Buenos Aires en 1951. Ya lleva publicados más de cincuenta libros, muchos de ellos en varios países: novelas y cuentos para adultos y para niños, como *Fábrica del terror* (premio Banco del Libro de Venezuela) y *Los devoradores* (Destacado de Alija), entre otros. En Norma también ha publicado *Mariposa con hipo* y *Carozo, un perro muy especial* (colección Buenas Noches); y en Torre Amarilla, *Para atrapar al ladrón* y *Vidas perpendiculares*, que obtuvo el premio Fantasía.



### **Juan Pablo Zaramella**

Nació en Buenos Aires. Es ilustrador y director de animación. Ha publicado en medios gráficos y ha ganado premios internacionales. Su corto “Luminaris” fue preseleccionado para el Oscar al Mejor Corto Animado. Es creador de la serie “El hombre más chiquito del mundo”.



### **Diego Simone**

Nació en La Plata, en 1980. Es profesor en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de La Plata, ilustrador e historietista. Ha trabajado para Rolling Stone, Fox y Disney, entre otras empresas. Su novela gráfica *Guro* fue galardonada en los premios Carlos Trillo.



Llegaste  
a lo alto  
de esta



Ahora  
podés ver  
más lejos.

Esta obra se terminó de  
imprimir en enero de 2020,  
en los talleres Primera Clase  
Impresores, California 1231,  
Ciudad Autónoma de  
Buenos Aires, Argentina.



TORRE

A partir de los 9 años

HISTORIA

## Patriotas

Mario Méndez  
y Ana María Shua



*Dos cuentos que narran episodios históricos clave en los que Manuel Belgrano es una de las figuras más destacadas.*

Eran los tiempos de la revolución, en que mujeres y hombres sin distinción de clase, color de piel o condición se unieron para construir un país de iguales. En *Patriotas decididos* el general Belgrano comanda la proeza del éxodo jujeño mientras el amor se cruza en el camino de las luchas por la libertad. *¡Tenemos patria!* narra las jornadas de la Declaración de la Independencia desde el punto de vista de dos mujeres: una cocinera esclavizada y la dueña de la casa en la que Belgrano se reunía con otros representantes durante aquellos días cruciales.

Con prólogo de Laura Ávila.

**Norma**

[www.normainfantilyjuvenil.com/ar](http://www.normainfantilyjuvenil.com/ar)



61091633